

¿Qué es el amor? Es un sublime arcano
 Símbolo del misterio de la vida.
 ¿Qué es el amor? Es un capricho vano,
 Un simple antojo, una ilusión fingida.
 ¿Qué es el amor? Es un delirio insano
 Que roe una existencia maldecida.

En medio de la narración más animada, alegre y bulliciosa, deja caer como lágrimas de fuego los apóstrofes que dirige á la Patria. A veces pinta la situación de su espíritu diciéndo:

Yo quisiera saber en qué consiste
 Que en el curso de un día está mi mente
 Unas veces alegre y otras triste
 Como mujer fantástica y demente
 Que de luto y de púrpura se viste,
 Mudando de color continuamente.
 No llego á conocer mi fantasía
 Y las ajenas . . . menos que la mía.

Después de decir:

Que el sueño si no cura al desgraciado
 Alíviale á lo menos de su pena,
 A lo menos da tregua á su cuidado,

añade:

Duerme el cautivo atado á su cadena,
 Duerme junto á sus armas el soldado,
 Duerme el piloto al pié del gobernalle
 Y duermen los serenos en la calle.

Y por último, con indecible ironía prorrumpie en estos versos:

Pero yo la disculpo ¿qué podía
 En aquel caso hacer la desgraciada?
 Adormecer á Don Cornelio urgía
 Y calmar su cabeza acalorada;
 Item, el avariento le ofrecía
 En desquite la suma mencionada
 Que con tanto calor negó primero;
 Y ¿qué razón *más fuerte* que el dinero?

Doscientos pesos y un reloj de oro
 En pago de una leve complacencia
 Es una tentación que sin desdoro
 Da en tierra con cualquiera resistencia.
 ¿Qué importa de un amante el triste lloro
 Cuando media la *propia conveniencia*?
 Lectoras que á la dama osais culpar,
 Os quisiera poner en su lugar!

V

Después de innumerables vicisitudes á que estuvo sujeto el proyecto de comunicación de los dos mares por medio de la apertura del canal de Nicaragua: después de haber fracasado la idea de que los estudios y reconocimientos previos se hiciesen por empresas extranjeras que tomaran á su cargo el trabajo de apertura en caso de que resultase practicable, el Gobierno de Centro-América, apreciando debidamente la inmensa utilidad que una obra de esa magnitud reportaría á nuestros pueblos, y en general á todos los pueblos de la tierra, decidió que por cuenta de la República se pusiera mano en la empresa del canal, que hoy por fin parece próxima á realizarse. En esa decisión influyó, según escribe el reputado historiador y estadista D. Alejandro Marure en su memoria histórica del canal de Nicaragua, el éxito desgraciado de los proyectos que antes se alimen-

taron para que se realizase sin erogaciones y sacrificios pecuniarios de Centro-América; y sobre todo, la lectura de una memoria que acerca de tan interesante asunto escribió en los Estados Unidos de América en 1836 la magistral y erudita pluma del Sr. D. Juan José de Aycinena, y que fué especialmente remitida al General Morazán, Presidente de la República en esa época. Como consecuencia de tal resolución, se dispuso en 1837 que se practicara un reconocimiento, y con tan importante encargo pasó á Nicaragua Mr. Juan Baily, ingeniero inglés que á su competencia profesional reunía muchísimo interés por la empresa, interés que conservó á pesar de haberse postergado sin razón la propuesta que hizo al presentarse como contratista en 1826. Se buscó un auxiliar inteligente que compartiera con él los estudios, tareas y fatigas de la obra, y ese auxiliar fué José Batres (c) que ya por entonces estaba recibido de ingeniero y cuyos conocimientos en los ramos de su carrera, le señalaban como el más á propósito para corresponder á tan honrosa designación.

Partió, en efecto en 1836, acompañado de su hermano Juan, mucho menor que él y que manifestó extraordinario empeño en no dejarle que fuera solo. Comenzó á trabajar con ahinco y ardor en una obra que consideraba de tanta significación para su patria, creciéndose ante las dificultades y obstáculos y desafiando con serena intrepidez todas las penalidades á que lo sujetaban lo insalubre y ardoroso del clima, la soledad del desierto y la falta casi absoluta de toda comodidad, de todo recurso y hasta de toda comunicación. Para un espíritu tan activo y necesitado de algo que lo dominara y absorviera, aquel duro y fatigoso trabajo pudo servir para disipar las obscuras sombras de la melancolía, para dar otros rumbos á su calenturienta imagi-

(c) Marure, Memoria histórica sobre el canal de Nicaragua. Guatemala 1845.

nación, para neutralizar el desabrimiento y el hastío, y para reconciliarlo por medio de los saludables efectos de la distracción en el trabajo, con el amor de la existencia y hacerlo así mas tolerante con los vicios y defectos de la humanidad. Llenábase de indecible satisfacción al reflexionar que estaba prestando á Guatemala un servicio de verdadera importancia, y la influencia de esa idea y la realización de ella habrían conseguido acaso divertir sus tristes pensamientos á horizontes menos cargados de nubes de tempestad y teñidos con los rayos de luz de la ilusión y la esperanza. Pero ¡ay! le estaba reservado un terrible golpe cuya impresión había de serle fatal y que llevaría á su colmo la idea arraigada en su espíritu de que era un sér á quien acosaba implacable la desgracia, y que sus males no tenían remedio ni reparación. Juan, su hermano querido que apenas contaba veintiun años, que había hecho el viaje únicamente para servirle de compañero, el amigo de su corazón á quien él quería con la ternura y el amor de un padre, el constante socio de sus travesuras, de sus juegos y de sus estudios, el confidente íntimo de todos los misterios y dolores de su corazón, el que partió siempre con él todos los pesares y también las fugaces alegrías que como instantáneos relámpagos habían brillado alguna vez en el sombrío cielo de su vida; envenenado por los miasmas mortíferos que exhalaban las selvas inhabitadas que tuvieron que explorar, y encendida su sangre por los rayos inclementes de un sol abrasador, cayó herido de mortal y agudísima dolencia. Torturada el alma por terrible pena, y sintiendo él también abrasado su organismo por la fiebre que casi al mismo tiempo le había acometido, se mantuvo José catorce días á la cabecera del pobre lecho de su hermano, asistiéndole y cuidándole con la solicitud y el amor de una madre apasionada, en medio del desamparo del desierto, de la carencia de provisiones y recursos, de la falta de los auxilios de la ciencia, y lejos del cariño de la familia y de los consuelos de la amistad. Los días de perenne angustia, las largas y repetidas noches pasadas en vela y

en horrible ansiedad, la desesperación de verse con su hermano moribundo, solo y casi abandonado, luchando en lucha enteramente desigual con la voracidad del sepulcro que quería arrebatárle aquel pedazo de su corazón; y la idea de lo que sus padres queridos y las hermanas de su amor habían de sufrir si se realizaba el lúgubre desenlace que parecía ya seguro, vencieron al fin la poderosa resistencia de su naturaleza que sólo en virtud de esfuerzo extraordinario lograba sobreponerse á los embates de la enfermedad. Llegaron pues, los días en que tenía que separarse algunos ratos de su hermano cuando el exceso de la fiebre le invadía con tanta violencia que le era de todo punto imposible dominarlo. En uno de esos momentos, llega el último de Juan, é imposibilitado aquél de moverse del lecho en que también yacía, siente que sólo le ha quedado un cadáver en vez del dulce hermano tan querido para su alma.

El poeta amantísimo llora y se retuerce de desesperación: pide á gritos á aquella naturaleza salvaje que le devuelva al hermano de su amor, y el eco de aquellas soledades le devuelve su grito; pero la naturaleza impasible y sorda, de cuya insensibilidad se quejó amargamente Leopardi, no le devuelve la vida del sér que quiso tanto, y continúa su curso sin hacer caso ni de sus ruegos ni de su llanto. Me lo imagino entonces, diciéndose con la tierna inquietud de Rubén: "mi hermano no vuelve, y yo ¿qué haré y á dónde iré?" Me lo imagino como la hermana de Turno, preguntándose qué le queda ya en la vida después de haber perdido á su hermano:

Quidquam mihi dulce meorum
Te sine frater erit?

Me lo imagino como ella, envidiando la suerte de Juan, dolíéndose de que no le hubiera tocado á él, ó de que por lo me-

nos, la muerte no lo hubiera llamado también para hacerle compañía en su sepulcro, así como él había querido venir á acompañarle en su peregrinación por el desierto. No se sabe hasta dónde habrían llegado las consecuencias de la profundísima impresión que en el alma sensible del poeta hizo la muerte de su hermano si no hubiera sido por el recuerdo de sus padres y de sus hermanas á quienes quería con entrañable amor. Entonces prorrumpió en aquellos acentos desgarradores, en aquellas imprecaciones solemnes que nos hacen recordar las maldiciones proféticas lanzadas sobre Babilonia, y que parecen arrancadas por un sentimiento tan poderoso como el que hizo resonar en otras montañas aquellas palabras de la Biblia: ¡Oh montes de Gelboe, jamás caiga sobre vosotros la lluvia ni el rocío; jamás produzcan vuestros campos la primicia del Señor! Entonces lanzó aquel terrible apóstrofe al desierto que tenía el mismo nombre que su amigo y hermano. El desierto recogió sus lágrimas, y la literatura las guardará también eternamente como preciosas perlas del sentimiento:

De fieras poblado, de selvas cubierto
Que vieron erguidas cien siglos pasar,
Allá en Nicaragua se extiende un desierto,
Su historia...ninguna! su límite...el mar.

Montañas sin nombre las nubes asaltan
Del yermo lanzadas dó esconden el pié:
Sus faldas en vano de verde se esmaltan,
De alfombras se cubren que el hombre no ve.

No guarda en su seno ni mieses ni flores,
No viste sus valles de espléndidas galas,
No danzan en ellos ni cantan amores
Apuestos donceles con lindas zagalas.

Sin templos, sin fuentes, sin arcos, sin muros,
Ni granjas, ni apriscos, ni huellas humanas,
Por esos desiertos callados y oscuros,
Ni cúpulas brillan, ni suenan campanas.

Ni triscan ganados, ni hogares humean
Ni riegan jardines arroyos süaves,
Ni cultas campiñas la vista recrean,
Ni trillan la tierra domésticas aves.

Sus vegas infestan salvajes desnudos
Cruzando sus aguas en toscos acales:
Caimanes feroces, voraces, membrudos,
Disputan con ellos sus turbios canales.

Allí la serpiente sus roscas arrastra
Colgada la vista del leve esquirol,
En húmedo surco trazando su rastra
Que nunca secaron los rayos del sol.

Sus alas fornidas el águila tiende
Del monte corona, del viento sultana,
La atmósfera gime que rápida hiende
Apenas descubre su presa lejana.

Del tigre sangriento la cuádruple garra,
Su paso revela grabada en la tierra,
O el bálsamo duro y el cedro desgarrá,
En cuya corteza profunda se entierra.

Parece el desierto coloso dormido
Que inmóvil ostenta su máquina inerte;

Gigante que yace por tierra tendido
En torno velándole un ángel de muerte.

Azul y amarillo sus anchas espaldas
Un manto cobija, con montes por borlas
Y abismos por pliegues, haciendo á sus haldas
Del mar las espumas blanquísimas orlas.

Del mar al Oriente, conturban las olas
¡Oh páramo inmenso! tu mágica escena,
Royendo tus playas ardientes y solas,
Tragando tus riscos, mordiendo tu arena!

Tus fastos publican, sin más monumentos
Ni rotas columnas que marquen tus eras,
Tus ceibas que arrancan con raíces los vientos
O heridas del rayo tus altas palmeras.

Mortales aromas tus auras derraman,
Tu ambiente es ponzoña, tu brisa huracán,
Tus trovas de amores las ondas que braman,
Tus luces la hoguera que arroja el volcán.

Tus hojas devoran la luz de la luna
Al suelo robando sus rayos de plata:
Distante, dormida, la clara laguna
Su disco refleja, su imagen retrata.

Tu nombre tenía mi amigo, mi hermano,
Sobre él derramaste tu odioso veneno
Apenas bebiendo su aliento lozano
El hálito impuro que brota tu seno.

Por él te maldigo! ¡por él te saludo!
 Mis lágrimas guarda, maldito desierto,
 De prados, de mieses, de flores desnudo,
 De fieras poblado, de selvas cubierto!

Sin duda que son magníficas estas valientes estrofas en que no se sabe qué admirar más, si lo soberbio de la descripción en que agota el poeta los colores para pintar lo horroroso del desierto, causador de tan terrible desgracia, ó el sentimiento de amargura que se ve cuál desborda en cada uno de los versos y que parece que sólo puede mitigarse condenando al San Juan á la execración de todas las generaciones. Pero si es bella esa poesía, más bella me parece aún y más sentida la carta que el 10 de setiembre de 1837 escribía desde Guatemala á D. José Montúfar, su cariñoso amigo y próximo pariente. En esa carta íntima están referidos con tan terrible sencillez los principales detalles de la muerte que deplora, se retrata tan perfectamente la angustiosa situación del espíritu del poeta, se refleja de manera tan clara su amor á la familia, se descubre de tal modo la espantosa impresión que ha quedado en su alma, que da á conocer mejor que cualquiera otra cosa al hombre con sus ideas, sus sentimientos y sus afecciones, con el concepto que tenía de la existencia y con el estado en que se hallaba su corazón. Comienza rogando que se borre todo aquello que recuerde las horas de distracción pasadas con su hermano, con estas conmovedoras palabras: "En San Juan empecé á escribirte una carta que tenía intención de concluir aquí y que se me ha perdido; lo siento mucho, porque contenía encargos relativos á Juan que apenas tengo valor de repetir. Por Dios, borra aquellas pinturas de muñecos que nos servían de blanco para la pistola, haz rellenar los agujeros de las balas, borra algunas fechas de las que él escribió; y con todo eso, no se cómo pueda entrar en la Antigua, á aquella casa en que él y yo hemos estado encerrados cinco años: en la tienda hay agujeros de flechazos y otros juegos comunes."

En seguida, le pinta la situación en que se encuentra, y cómo el recuerdo de la familia ha sido el único capaz de hacer que la dominara. "Hace tres meses largos, le dice, que Juan murió, y estoy como el primer día. Ya me conoces: bástete saber que no duermo casi nada, y que á ratos me siento desesperar, no por la falta que me hace, que esas son historias, sino por la lástima que me da el acordarme de sus adioses con la mano, de su tristeza de considerar que no volvía á ver la familia y que moría de veintiun años en un arenal desierto etc., etc., porque todo lo conoció y lo dijo por espacio de catorce días. Es verdad que murió con el valor que le conociste desde que salió de la niñez; pero es aquel valor del que conoce lo que pierde, que hace esfuerzos por conservar su dignidad y que sufre por no molestar á otro, aun sabiendo que está para morir. A mí me dijo que le perdonara sus impertinencias. Se me sonreía y me alargaba la mano: ¡ah hombre! no sé cómo no me doy con un demonio en los sesos. Papá, mamá y las cuatro niñas han podido conmigo más que todas las consideraciones religiosas: fuera de chanza, aborrezco á ratos la vida, y ahora he visto de qué distinto modo se piensa cuando hay un sentimiento de aquéllos que la razón no desvanece y que uno no reconoce por injustos. La víspera de morir, en un rato de razón, me dijo Juan que papá había mostrado mucho empeño al encargarle una botella de aceite de camíbar y que no dejara yo de llevársela; esto me lo dijo con mucho sosiego: luego añadió que continuara yo una colección de monedas inglesas que él había empezado á hacer para las niñas, y que se la llevara. En seguida pidió un vaso de agua fría: yo le mandé echar unas gotas de vino y no le gustó: mandé acidular el agua con limón y entonces me dijo en tono de cariño y reconvencción: "Acuérdate de que probablemente es mi último vaso de agua fría que pido:" hice traer el vaso de agua pura, pero mientras venía sintió trastornársele la cabeza y me dijo: "memorias.... adios...." Cuando le presentaron el vaso, el delirio había vuelto, y como era el mismo vaso en que solían darle atole, lo tenía segura-

mente aborrecido: se dejó sentar como para beber, y cuando el hombre se acercó, lo rechazó con la mano: otras veces daba las gracias con mucha cortesía á los criados que le daban el mal atole de arroz: lo del aceite de camíbar basta para hacerme revolcar de desesperación hasta en la sepultura: figúrate qué será en la cama.”

Después pinta en estos términos sombríos todos los sentimientos que se agolpaban á su imaginación; todos los cargos que injustamente se hacía por haberse hallado postrado por la fiebre en el instante de la muerte de su hermano: “Lo que más me desespera, es que ya para morir, como yo estaba con un acceso de calentura no pude estar con él: fuí un cobarde en dejarme postrar; el infeliz sintió que se acercaba el momento porque lo ví como queriendo hablar ó llorar, y talvez se creyó abandonado de su hermano! Merezco morir ahorcado, descuartizado, punzado y estoy por aborrecerme yo mismo: todo esto me quita el sueño y la salud, que ya no vale nada, y solo me consuela la idea de morir un poco más abandonado que Juan.”

Y por último, queriendo desahogar de algún modo en el seno de la amistad, el cúmulo de recuerdos, de desilusiones y de presentimientos que le rodean, continúa así lamentándose de la suerte, y mezclando apóstrofes que arrancan lágrimas de compasión. “Parece que la suerte se ha propuesto martirizarme por todos los lados sensibles; pero no importa por lo que hace á mí; mientras viva un resto de la familia, tendré valor para llevar á cuevas eso que se llama vida. En mi libro de extractos me encontré, para alivio de penas, uno que Juan hizo en la Antigua, sin que yo lo supiera, de un trozo de Byron sobre morir en la juventud y empieza: “El que muere joven es querido de los dioses.” Tú recordarás sus ideas sobre el particular, que las lágrimas de la familia por causa de este viaje cambiaron enteramente. Pobre Juan! descansa, infeliz, en tu mala sepultura: á mi vuelta estarán tus huesos junto á mi cama en tu propia casa que no volviste á ver! Yo creo que mi cabeza se trastorna algo al hablar de estas cosas: creo que

erré la vocación con venir al mundo, pero en fin, veamos en qué pára esta historia, que en mi niñez esperé que compusiera un romance heroico y que lleva visos de ser muy triste. No son todas tan desagradables como la mía, y aunque las hay mucho peores en la apariencia, no lo son en la realidad, á menos que haya en el mundo otra persona que sienta como yo.”

Concluye esa interesantísima carta encargándole que no se moleste en ir á Granada: diciéndole que si se vuelve por el camino real, espera encontrarle en el Guapinol ó en Cujiniquilapa para tomar siquiera de allí otro camino que no sea el mismo que pasó con su hermano: y que va á hacer el esfuerzo de escribir á la familia un poco sobre otras materias menos interesantes por no comunicarle la atroz tristeza que se ha desplomado sobre él.

No he podido abstenerme de copiar casi totalmente íntegra esta carta, porque como antes he indicado, retrata mejor que cualquiera otra pieza la idea que Batres tenía de su desgracia y de una especie de fatalidad negra que como nube de tempestad envolvía su cabeza. En las obras cuyo destino es que vean la luz pública, pueden aparecer disfrazados de algún modo los sentimientos y las ideas del escritor. En una carta enteramente privada, de la naturaleza de la presente, destinada á quedar para siempre en el santuario íntimo de la confianza, escrita con el abandono de la confianza y con la franqueza á que dan lugar la amistad y el parentesco, sin ninguna preparación ni artificio, y de la que jamás se imaginó el autor que hubiera de llegar á noticia del público, no es posible ningún disimulo ni ficción: la verdad aparece allí limpia, clara y sin afeites, como la imagen que se retrata en la superficie tranquila de un lago cristalino.

VI

Abrumado de pesares dejó Batres el desierto de San Juan, teatro de sus terribles padecimientos y volvió á Guatemala